

nardo y á la piadosa santa Teresa (1), volvámosnos hácia el tabernáculo; allí hay un alimento verdaderamente divino, allí está el pan vivo descendido del cielo para fortalecernos y sostenernos en medio de las pruebas de la vida... ¡Oh Jesús! hacenos comprender bien esta verdad, haced que nuestras almas suspiren por el pan material... ¡Ojalá podamos todos, hermanos míos muy amados, apreciar este alimento divino, desearlo vivamente y hacernos dignos de recibirlo con la mayor frecuencia posible!... Así sea.

INSTRUCCION DECIMOTERCIA.

SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

INSTRUCCION SEXTA.

TODOS TENEMOS NECESIDAD DE QUE DIOS NOS PERDONE ; TODOS DEBEMOS PERDONAR ; CUALIDADES QUE DEBE TENER ESTE PERDÓN.

TEXTO.- *Dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris...* Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

EXORDIO. — Hermanos míos, el día en que nuestro divino Salvador anunciaba á los judíos una de las invenciones más admirables de su amor, esto es el misterio de la sagrada Eucaristía (2)... cuando, con una dulzura y una majestad divinas, afirmaba que él era el verdadero pan descendido del cielo, y que, en la sagrada comunión, daría á sus fieles discípulos su carne á comer y á beber su sangre, el Evan-

(1) V. Santa Teresa, *Camino de Perfección*, cap. XXXIII, y *Meditaciones sobre el Padre nuestro*. No puedo, sin embargo, participar completamente de las ideas de esta santa, quien pretende que lo que nosotros pedimos á Dios con estas palabras es una cosa puramente espiritual. Véase la *Meditación IV sobre el Padre nuestro*...

(2) San Juan, cap. VI *passim*.

gelio nos refiere que esta enseñanza divina produjo singular impresión en los oyentes.. Los fariseos, los escribas y la mayor parte de los que le rodeaban se miraron con sorpresa y de sus bocas salió esta impía exclamación : « Duro es este lenguaje; ¿ quién lo puede comprender?... » ¡Insensatos ! ignoraban la omnipotencia de aquel que hablaba...

Hemos visto, hermanos míos muy amados, producirse estos mismos sentimientos ; hemos oído palabras casi semejantes de boca de ciertos cristianos ignorantes y vengativos... Ellos recitan estas palabras del Padre nuestro : *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores* ; ellos las repiten sin comprenderlas, porque conservan el ódio y el rencor en sus corazones... Y cuando, ya desde lo alto de este púlpito, ya cuando se nos llama para que les preparemos á morir bien, les decimos : « Hermanos, es menester perdonar si quereis que Dios os perdone ; es menester, antes de comparecer á su temible tribunal, reconciliaros con ese pariente, con aquel vecino, contra quien abrigais ódio ó sentimientos de venganza ; es indispensable que les perdoneis, pues sin esto no hay perdón para vosotros ... » ; ellos nos escuchan con aire distraído, nos miran con azorados ojos. Y sin embargo, queridos amigos míos, no soy yo quien os impone esta obligación, es el mismo Jesucristo. ¡ Ah ! el orgullo está allí haciéndoles casi sordos á esta enseñanza divina y á veces les hace contestar, como á los incrédulos judíos : « Duro es este lenguaje, es imposible que yo olvide los daños que se me han causado, que perdone las calumnias ó las injusticias de que he sido víctima... » ; Desgraciado hermano mio ! olvidas que la gracia de Dios, cuando se pide con fervor y humildad, transforma nuestra pobre, naturaleza humana... Un pagano podía maldecir á sus enemigos ; pero desde que Jesucristo sobre la cruz nos dió el ejemplo del perdón con el auxilio de su gracia nos es posible, á ejemplo suyo, olvidar las más crueles injurias...

PROPOSICIÓN. — Estas reflexiones, hermanos míos muy amados, acuden naturalmente á propósito de esta quinta petición de la Oración dominical : *Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdo-*

namos á nuestros *deudores*, petición que va á ser el asunto de la presente instrucción.

División. — Voy á fijarme en estos tres pensamientos: *primero*, que todos nosotros tenemos necesidad de que Dios nos perdone; *segundo*, que todos nosotros debemos perdonar las faltas que se han cometido contra nosotros; *tercero*, qué cualidades ha de tener el perdón que nosotros concedemos á los que nos han ofendido...

Primera parte. — Sí, hermanos míos, todos nosotros somos pecadores y todos tenemos necesidad del perdón de la divina misericordia. He dicho todos... No, hay una excepción... Admirable Virgen María, obra maestra de las divinas manos, sol siempre brillante, luna sin mancha, vos jamás habeis tenido necesidad de perdón; las miradas de la augusta Trinidad se han posado siempre sobre vos con una complacencia inefable, privilegio bendecido que nadie ha compartido con vos en este suelo... ¡Cuán grato le es á la santa Iglesia, cuya Reina sois, reconocerlo y felicitaros por ello! Pero, á excepción de la Virgen María, lo repito, todos nosotros hemos sido enemigos de Dios; tal vez haya algunos entre nosotros que actualmente no están aún en gracia de Dios, que necesitan perdón... El Apóstol san Pablo nos afirma que quien pretendiera estar sin pecado y no tener necesidad de la clemencia divina sería un orgulloso y un embustero, y la verdad no estaría en él (1)... ¿Necesito repetiros, hermanos míos, que el pecado, y más especialmente el pecado mortal, es por sí solo y en virtud de la majestad de Dios á quien ataca, una injuria, un ultraje, un crimen más grande que todos los insultos que pudieran dirigirnos los hombres reunidos contra nosotros?... Suponed que en vez de Satanás, hubiese sido un enemigo quien hubiese causado á Job, de la manera más injusta, la pérdida de sus rebaños, la muerte de sus hijos, la ruína de su salud y le hubiese reducido á aquella atroz miseria que le obligaba á acostarse encima de un estercolero y á raspar con un cacharro el pus que salía de sus llagas, ¡qué daño, qué crimen tan enorme habría cometido aquel hombre!... Esto sin embargo, nada es al lado de un pecado mortal... ¿Qué era el patriarca Job, apesar de su santidad, al lado de la santidad de Dios

(1) *Veritas in vobis non est.* San Juan, Epístola 1, cap. I, vers. 8, y cap. II, vers. 4.

á quien el pecado mortal ultraja? ¿Necesito repetiros siempre que el pecado es un mal infinito y que su malicia le hace mucho peor que todas las faltas ó injusticias cometidas simplemente contra los hombres?... ¡Cuánta necesidad tenemos, nosotros pobres pecadores, de que la misericordia de Dios sea grande, inmensa con nosotros!..

También los santos... ¡pero los más grandes santos!.. lo habían comprendido así... Ahí teneis á piadosos solitarios que, con todo y haber pasado largos años en la penitencia y las austeridades, estan acostados encima de una estera de junco y á veces en la desnuda tierra (1). « Hermanos, dicen á los religiosos que les rodean, rogad por nosotros, porque tenemos gran necesidad de que Dios nos perdone... » San Jerónimo tiembla antes de morir; próximo á espirar, repite vertiendo lágrimas este hermoso salmo de David: *Compadeceos, Señor, de mí, según vuestra gran misericordia, Miserere mei, Deus, etc.* Allí teneis á san Arsenio llorando sus faltas de tal manera y pidiendo con tantas instancias su perdón, que se llegó á temer que perdiese la vista... ¿Qué más os diré? Hasta las almas más predestinadas, han creído que necesitaban perdón... Y san Martín, y san Luis de Gonzaga quisieron espirar encima de cenizas... ¡Quién pues, hermanos míos muy amados, después de tales ejemplos, será suficientemente orgulloso para decir que no ha cometido faltas, que nada tiene que reprocharse, que no tiene necesidad de que le perdone Dios?... Y sin embargo algunas veces oimos este lenguaje, y al oirlo gemimos, porque está dictado por el orgullo y con mucha frecuencia es la señal de una maldición eterna... Convengamos pues todos, hermanos míos, en que verdaderamente somos unos pobres pecadores que tenemos necesidad, como decía no ha mucho, de que la misericordia de Dios se manifieste ámplia y grande con nosotros.

Segunda parte. — Ahora bien, *el Padre que tenemos en el cielo* quiere perdonarnos, pero con la condición de que nosotros por nuestra parte perdonemos á aquellos que nos han ofendido... Ha de ser así, esta disposición es indispensable... Tú que eres vengativo ó rencoroso, no esperes en el perdón si no perdonas... Nuestro Señor, hermanos míos,

(1) Vida de los Padres del Desierto, y V. de Cassien.

conocía indudablemente la dificultad de este precepto, pues con frecuencia lo repite en su Evangelio: « Sereis medidos, dice, según la medida que vosotros habreis empleado para los demás; si habeis sido misericordiosos, yo seré misericordioso con vosotros... Perdonad, repetía en otro lugar, y se os perdonará... » En otra circunstancia, insistiendo aún más especialmente sobre este punto, nuestro dulce Jesús refería la parábola siguiente: « El reino de los cielos, decía, es semejante á un rey que quiso exigir las cuentas á sus servidores. Encontróse uno que le debía diez mil talentos, suma enorme... Y como que aquel servidor no se la podía devolver, el príncipe ordenó que fuese vendido el deudor como un esclavo. Pero, en virtud de la súplica que este último le dirigió, se dignó perdonarle y remitirle toda su deuda... Aquel miserable, apenas hubo salido de la presencia del rey, cojió por el cuello á uno de sus compañeros que le debía la insignificante cantidad de cien denarios y quería hacerle encerrar en la cárcel. El rey, enterado de este infame proceder, llamó á su presencia á aquel ingrato y le dijo: « ¡Miserable! ¿cómo te niegas á remitir una pequeña deuda á uno de tus compañeros, mientras yo te doy por saldado de una deuda enorme!.. ; Deténgasele pues, añadió, y échesele en un calabozo (1)!.. » A nosotros, cristianos, es á quien se dirige Jesucristo. Aquel rey es él, Dios omnipotente, nuestro Señor, nuestro Criador, con quien, por nuestros pecados, hemos contraído una deuda inmensa. Aquellos cien denarios debidos por uno de los compañeros del servidor representan las ofensas que nosotros hemos podido recibir de nuestro prójimo; y la conclusión de esta parábola es la siguiente: no hay perdón para nosotros, si á nuestra vez no perdonamos á los que nos han ofendido...

Es tan importante esta verdad, que Jesucristo quiso consignarla en la oración que se dignó enseñarnos, haciéndonos decir todos los días: *Perdonadnos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.* ¿Sabeis, hermanos míos, lo que hacemos cuando repetimos estas palabras? Pronunciamos nosotros mismos la sentencia

(1) Púedese ver sobre este punto la Homilia sobre el perdón de las injurias, en el tomo I de este *Curso de Instrucciones*. Homilia del domingo XXI después de Pentecostes.

que un día pronunciará sobre nosotros el soberano Juez. — « Como habreis juzgado á vuestro hermano, dice, os juzgaré á vosotros yo.. » Vamos á ver, ¿qué excusa daremos?— Se me ha insultado sin razón, se ha sido injusto conmigo... — Pues esto es precisamente lo que la oración supone: en ella se nos manda que perdonemos; si lo que contra nosotros se hubiese hecho fuera justo, no habría necesidad de hacernos tal encargo... El juez que condena á un ladrón, no ha ofendido á éste y para nada necesita su perdón. Nosotros mismos, cuando pedimos á Dios que nos perdone, es porque nos reconocemos culpables... Y si aquellos contra quienes vosotros habeis concebido rencor ú odio no han sido injustos con vosotros, en este caso sois vosotros los que teneis necesidad de indulgencia y de perdón...

Esta consideración, carísimos hermanos, es importante; porque con mucha frecuencia, nos ciega el orgullo, y encontramos que el prójimo ha faltado con nosotros en lo que realmente no más ha sido justo y á veces hasta complaciente y caritativo. Decidme, ¿porqué aquel odio de los judíos contra nuestro adorable Salvador? ¿qué mal les había hecho?... Había tratado de iluminarles y de convertirles. En ciertas circunstancias se había visto obligado á revelar sus defectos á fin de preservar mejor de ellos á sus Apóstoles. Aquel odio pues, de parte de los judíos, no tenía razón de ser... Esto pasa con el de muchos cristianos que se figuran tener razón en quejarse de su prójimo... Mírenlo de cerca, y verán que tal vez sería el prójimo quien debería quejarse de ellos.

Hecha esta observación, vuelvo á mi pensamiento.... Digo que las faltas del prójimo para con nosotros, aun cuando fueren evidentes, palpables, deberíamos perdonarlas también... No voy á citaros á Jesús perdonando, desde lo alto de la cruz, á sus verdugos y perdonándonos á todos pobres pecadores, porque nosotros éramos en cierto modo de este número: dejemos á un lado á san Estéban y á tantos otros mártires rogando por sus perseguidores: un hecho no más os citaré. Ahí teneis al dulce san Francisco de Sales. Amable, bueno, complaciente, caritativo con todos, ¿debía tener enemigos? Pues los tuvo; lo cual demuestra que todos los tenemos; pero; con qué generosidad sabía perdonarles y ganarles para Dios! Cierta dia un hombre le trataba de un modo grosero á propósito de un crédito de que el santo no era deudor: llamóle hipócrita y

omitaba mil injurias contra él. — « Señor, le dijo Francisco con la mayor serenidad, yo no os tengo ódio alguno y tened entendido que, uan cundo me hubieseis vaciado un ojo, yo os miraría con el otro con tanto cariño como si fueseis mi mejor amigo. » Más tarde, aquel hombre reconoció su falta, fué á pedir perdón al santo obispo, y éste le acojió con los brazos abiertos (1). Queda pues entendido, hermanos míos muy amados, que nosotros hemos de perdonar las ofensas que se nos han hecho si queremos que Dios nos perdone las que nosotros le hemos hecho á él.

Tercera parte. — Pero, ¿ cómo hemos de perdonar?.. Claro está, hermanos míos, que hemos de perdonar como queremos que Dios nos perdone á nosotros. Y Dios nos previene, nos da un perdón gratuito, un perdón universal, un perdón bienhechor...

Dios nos previene. Es nuestro Padre, nuestro rey, nuestro soberano; sin su gracia no podríamos tener ni un pensamiento bueno; es menester pues que nos inspire él mismo el deseo de obtener nuestro perdón; es menester, si se me permite expresarme así, que se humille en cierto modo delante de nosotros, que dé los primeros pasos... Este buen Padre nos busca cuando menos los pensamos, hasta cuando le ultrajamos. Nos sale al encuentro para hacer más fácil nuestra conversión: su gracia nos solicita, nos promete recompensas, dulcifica la amargura del arrepentimiento... Así deberíamos buscar nosotros las ocasiones de aproximarnos á aquellas personas que nos han ofendido. ¿ Léjos de nosotros ese pensamiento inspirado por el orgullo: « A él le toca empezar, porque él fué el primero que faltó... » Carísimos hermanos, ¿ á dónde iríamos á parar si Dios nos tratase de este modo?..

Leemos en la vida de san Juan el Limosnero, que un diácono había concebido contra este santo patriarca un ódio feroz y que nada justificaba. El santo, habiéndolo sabido, va á encontrarle, le conjura á que le perdone si le ha dado, sin querer, algún motivo de descontento... Confuso el diácono, cae de rodillas... « ¿ Qué haceis, padre, le decía derramando lágrimas, á mí es á quien toca pedir perdón ! » Y cuando le hubo vuelto á levantar, cojióle el santo de una mano, y le dijo:

(1) Véase la *Vida* de este santo, por Hamon.

« Dios quiera perdonarnos á los dos, querido hijo mio (1)... » Muy dichosos seríamos, hermanos míos, si supiésemos dar así generosamente los primeros pasos para atraernos á aquellos que nos han hecho alguna ofensa...

He dicho que debíamos conceder á nuestros enemigos un perdón gratuito... Tal es la conducta de Dios con respecto á nosotros... ¿ Qué interés tiene en perdonarnos nuestras ofensas?... ¿ Qué podemos darle en cambio de esta gracia?... Nosotros únicamente somos quienes tenemos necesidad de reconciliarnos con él... Así nosotros, cuando olvidamos las ofensas que se nos han inferido, no debemos hacerlo guiados por sentimientos humanos... No ha de ser porque una muerte imprevista os haya dado probabilidades de heredar de tal ó cual pariente, no á consecuencia de auxilios recibidos ó de la protección que espereis de aquellos que os ofendieron, lo que os mueva á perdonarles... Nó; ha de ser por motivos sacados de vuestra fé, ha de ser porque Dios os lo manda y, si son motivos sobrenaturales los que os hagan olvidar las injurias que habeis recibido, nó solamente será más sincero el perdón que concedereis, sino que además sólo entonces será meritorio delante de Dios.

Dios nos perdona no solamente las ofensas leves, sino también las faltas más graves... Así hemos de obrar nosotros, hermanos míos muy amados, con respecto á nuestro prójimo. No digamos; « Perdono á éste, pero no olvidaré jamás esto. » Ensánchese vuestro corazón, hágase clemente como el del *Padre que tenemos en los cielos*; y así como vosotros deseais que él os perdone todas las ofensas que habeis cometido contra su divina majestad, perdonad también vosotros generosamente, sea grave ó sea leve toda ofensa que á vosotros se os haya hecho...

En fin, hermanos míos, Dios no solamente nos perdona, sino que nos devuelve su amor después de habernos perdonado... Un pecador que le haya ofendido mucho, puede, con las gracias que él le concede, llegar á ser un san Pedro, un san Agustín, un san Juan de Dios y otros muchos ilustres penitentes que sería largo enumeraros. No digais pues ja-

más, al hablar de alguien de quien hubiereis tenido motivos de queja: « Le perdono, pero no quiero más tratos con él, no quiero verle ni hablarle. » Nó, hermanos míos muy amados; un perdón de esta clase no sería verdadero, no sería más que una ficción... El perdón que concedamos ha de ser completo, amplio, generoso, bienhechor, como el que solicitamos de *nuestro Padre de los cielos*...

PERORACIÓN. — Al terminar, quiero repetir aún estas bellas y dulces palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos... perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.* ¿ Quereis, carísimos hermanos, atraer sobre vosotros, sobre vuestras familias las bendiciones de Dios? ¿ quereis sobre todo proporcionaros la gracia de una muerte cristiana? Perdonad generosamente y se os perdonará... A este propósito se refiere que un religioso que desde largo tiempo vivía en el desierto, pero que había tenido una vida tibia y un fervor dudoso, veía llegar tranquilamente la hora de la muerte. Admirado el superior, le dijo: « Pero, amigo mío, hasta ahora habeis vivido en una gran negligencia: ¿ de dónde sacais esta calma, esta seguridad? » Y el religioso contestó: « Realmente he sido poco fervoroso y lo siento de todo corazón; pero lo que me anima y me consuela es que he perdonado siempre de todo corazón á los que me habían ofendido; y espero que la misericordia de Dios me perdonará igualmente las deudas que con su justicia tengo contraídas (1)... » El buen hermano espiró en paz, y los religiosos que le rodeaban no se cansaban de repetir aquellas palabras, con que daré fin á esta instrucción: « perdonemos, hermanos míos, perdonemos ampliamente, completamente, generosamente y de todo corazón, y la misericordia de Dios nos perdonará de igual manera... » Así sea.

(1) Vida de los Padres del Desierto.

INSTRUCCION DECIMOCUARTA.

SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

INSTRUCCION SEPTIMA.

PRUEBAS Y TENTACIONES; VARIOS GÉNEROS DE TENTACIONES,
MEDIOS DE RESISTIRLAS.

TEXTO. — *Et ne nos inducas in tentationem...* Y no nos dejes caer en la tentación.

(SAN MATHEO, CAP. VI, VERS. 13.)

EXORDIO.— Hermanos míos, el Evangelio, que es, como sabeis, el resumen de las enseñanzas de nuestro divino Salvador, encierra mandamientos y consejos... Mandamientos, es decir cosas que necesariamente se tienen que hacer para salvarse; amar á Dios de todo corazón, amar al prójimo, no robar, no ser lujurioso: éstos son otros tantos preceptos cuya observancia es indispensable para salvarse... En cuanto á los consejos, éstos no son rigurosamente obligatorios; su objeto es guiar las almas, llamadas por una vocación especial á practicarlas, á una perfección mayor y más elevada. « Vended lo que teneis y dad su importe á los pobres, decía Nuestro Señor Jesucristo; al que os pida la capa, dadle la túnica... » Y otras prescripciones también, observadas en las órdenes religiosas con los nombres de votos de pobreza, castidad y obediencia. Pero observad que hay santos que han sido ricos, como S. Luis rey de Francia, santa Isabel de Hungría y mil otros, que se santificaron sin haber vendido sus bienes como san Pablo, ni haber abandonado el mundo como tantos y itan ilustres santos. Hay por consiguiente en el Evangelio, como decía, mandamientos que obligan á todo el mundo y consejos de perfección que sólo á algunos se dirigen...

¿ Para qué esta observación? Para explicaros, sin exagerar, lo á que estais obligados para perdonar realmente á los que os han ofendido... No se exije de vosotros que os hagais íntimos amigos suyos, ni que